

El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde

Robert Louis Stevenson

Prólogo: **Marcelo Figueras**

Estudio: **Fernando Sorrentino**

loqueleg

[Prólogo]

Por Marcelo Figueras

Hubo un tiempo en que los escritores eran otra cosa. Heródoto viajó miles de kilómetros y conoció múltiples culturas antes de componer sus *Historias*. Miguel de Cervantes vio mundo como soldado, y sólo concibió el *Quijote* cuando lo metieron preso y no tuvo más remedio que quedarse quieto. Joseph Conrad se involucró en tráfico de armas y conspiraciones políticas antes de sentarse a escribir *Lord Jim*. Quiero decir: hubo un tiempo en que los escritores asumían que precisamente porque la vida era interesante, e intensa, e impredecible, valía la pena escribir sobre ella —aunque más no fuese para reinventarla mediante la imaginación—.

Con el correr de los siglos los libros se volvieron objetos de prestigio. Entonces aparecieron hombres que codiciaban la fama de los escritores, pero que no estaban dispuestos a cumplir con la condición de la aventura previa. Por desgracia, la difusión de esta idea de lo que supone ser un escritor terminó derramándose sobre los lectores. Desde entonces existe el prejuicio de que aquel a quien le gusta leer debe

parecerse a ese tipo de gente, una criatura temerosa que prefiere encerrarse en su biblioteca a vivir. Y esto no es cierto. (No necesariamente, quiero decir.) Porque todavía existen infinidad de personas que no oponen la lectura a la vida, y que por ende leen con la mismas ganas de descubrirlo todo y de probarlo todo que impulsaron a Heródoto, a Cervantes, a Conrad.

Robert Louis Stevenson formó parte de esta cofradía, que podríamos llamar el Club de los Escritores que Vivieron Peligrosamente. Escapó por los pelos a un destino de abogado para viajar por el mundo, con la idea de dedicarse a la literatura una vez que hubiese obtenido experiencia vital y un estilo depurado. A pesar de su salud endeble, que le sugería la sensatez del sedentarismo, Stevenson escapó de su hogar desafiando a su padre, exploró el continente europeo y surcó el océano por amor, persiguiendo a una mujer casada de la que se había enamorado en París. Con el tiempo visitaría los Mares del Sur, instalándose en una isla del archipiélago samoano. Allí hizo tan buenas migas con los locales, que terminó enfrentando a las autoridades coloniales. "Yo solía pensar muy mal de los plomeros", escribió por aquel entonces a un amigo, "pero ahora los plomeros brillan en mi estima al lado de los políticos".

Los personajes de Stevenson son un eco del deseo de aventura que encendía su alma. La curiosidad lleva al joven Jim Hawkins a prestar oídos a una conversación entre piratas y a lanzarse al océano detrás del botín del célebre capitán Flint, en *La isla del tesoro*. Apenas un adolescente, David Balfour (apellido que, para más datos, era el de la madre de Stevenson) deja su casa después de la muerte de sus padres, sin saber que pronto será víctima de la codicia

de su tío y correrá mil peligros en las páginas de *Raptado*. En *La flecha negra*, Dick Shelton se rebela contra su tutor, convencido de que es culpable de la muerte de su padre, y se suma a los rebeldes que se esconden en el bosque de Tunstall para obtener venganza.

Por supuesto, Stevenson sabía que nadie que se lanza a la aventura tiene el final feliz garantizado. A veces las cosas pueden terminar mal, como en *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*. Pero de todas formas sus personajes se arriesgan, porque esa osadía suya no se debe a capricho ni a irresponsabilidad, sino al deseo de encontrarse a sí mismos, de hallar su lugar en este mundo. En sus historias la aventura es física, sí, pero como manifestación exterior de una búsqueda espiritual. El premio es la plenitud del alma y una vida bien vivida. La posibilidad de obtener ambas cosas bien vale una temporada en el laberinto, aunque uno corra el peligro de fracasar o de perderse para siempre —como le ocurre al pobre Henry Jekyll—.

Aun cuando no hayan leído todavía *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, seguramente conocen su historia. La narración toca una fibra del espíritu humano tan esencial, que su anécdota ha sido refritada una y mil veces. En cada dibujo animado en el cual alguien toma una poción y se transforma en otro. (Recuerdo uno en que Tweety se vuelve un pajarraco espantoso que persigue al gato Silvestre, cazador cazado.) En cada historieta o serie en las cuales un experimento tiene resultados indeseados. (Por ejemplo en *El increíble Hulk*. Y en sus variaciones cómicas, como *El profesor chiflado*.) También en las novelas y películas que hablan de las dicotomías del alma humana, con personajes cultos y refinados que se permiten las más grandes atrocidades

(pienso, por ejemplo, en la saga de Hannibal Lecter concebida por Thomas Harris) o bien que se revelan víctimas de personalidades divididas. *El club de la pelea* —en este caso, tanto la novela de Chuck Palahniuk como la película de David Fincher— no es más que una adaptación del original de Stevenson a los tiempos y las obsesiones contemporáneas.

La historia perdura porque el dilema que plantea sigue vigente. ¿Qué pasaría si desoyésemos todas las convenciones —sociales, éticas, religiosas, legales— y nos dejásemos llevar por el costado más salvaje de nuestras personas? ¿Qué pasaría si nos dedicásemos por completo a la satisfacción de nuestros deseos, sin aceptar freno alguno por más destructivos (y autodestructivos) que nos pongamos? Es verdad que la Historia *after* Stevenson proporcionó no pocas respuestas sobre lo que pasa cuando alguien se deja llevar por su bestia interior: por ejemplo Hitler, sus émulos locales y también aquellos sobre los que seguimos leyendo en la sección internacional de los diarios. Es cierto además que la sociedad aprendió a abrir válvulas de escape para el salvajismo que todavía nos es innato: lo que va de la práctica del deporte a la industria del porno, del *pogo* en la arena del rock a los *piercings* en los sitios más dolorosos. Pero en esencia seguimos preguntándonos lo mismo, luchando contra el temor de que tanta civilización no sea más que un barniz, porque vemos cotidianamente que el mundo está lleno de gente a la que le salta la térmica (a algunos les salta de una forma muy elegante, pero no menos criminal) y acepta convertirse en una máquina de agresión contra todo lo que aparezca como *lo otro*: los de otras razas y religiones, los de otros sexos, los de otra clase social, los de otros países, los de otra altura u otra talla de ropa, los de otras culturas.

Stevenson se animó a visitar el corazón de las tinieblas como escritor, y regresó más sabio —pero no intacto—. En la tarde del 3 de diciembre de 1894, conversaba con su esposa Fanny (aquella mujer casada a la que al final ganó), cuando cayó al suelo de repente mientras se preguntaba: “¿Qué me está ocurriendo? ¿Qué es esto tan extraño? ¿Ha cambiado mi rostro?”. Resulta tentador creer que en medio del ataque tuvo miedo de haberse convertido en Mr. Hyde. (El uso de la palabra *strangeness* remite de forma inevitable al “extraño” caso.) Y que por eso debe haber sentido alivio al comprender que tan sólo se trataba de la muerte, que cerraba su propia historia con un final feliz. Después de velarlo, los nativos de la isla en que vivía emprendieron camino hasta el monte Vaea para enterrar a aquel a quien llamaban *Tusitala* —esto es, el contador de historias— en un sitio con vista al mar al que tanto había amado.

Lo mejor que se le puede desear a quien se prepara a leer un libro es que su lectura lo inspire a vivir más intensamente. Como Stevenson.

I. Lo que ocurrió en una puerta

El abogado Utterson tenía un rostro surcado de arrugas que jamás se vio iluminado por una sonrisa; en el hablar era frío, corto de palabra, torpe, aunque hombre reacio al sentimiento; delgado, alto, descolorido y grave, no carecía de cierto atractivo. Cuando se hallaba entre amigos y el vino era de su gusto, resplandecía en su mirada algo que denotaba noble humanidad; algo que nunca llegaba a exteriorizarse en palabras, pero que hallaba expresión no solamente en aquellos símbolos silenciosos de su cara de sobremesa, sino con más frecuencia aún y más ruidosamente en los actos de su vida. Se conducía de un modo austero consigo mismo; como castigo por su afición a los buenos vinos añejos, bebía ginebra cuando estaba a solas; y, aunque disfrutaba mucho en el teatro, llevaba veinte años sin cruzar las puertas de ninguno. Sin embargo, era extraordinariamente tolerante con los demás; a veces sentía profunda admiración, casi envidia, por el ímpetu pasional que los arrastraba a sus malas acciones; y en los casos más extremos demostraba más inclinación a acudir en su ayuda que a censurar. La explicación que daba era bastante curiosa:

—Comparto la doctrina herética de Caín y dejo que mi hermano se vaya al demonio a gusto suyo.

En este aspecto le tocó con frecuencia ser el último amigo respetable y la última influencia sana en la vida de algunos hombres que se precipitaban hacia su ruina. Mientras personas como esas fueron a visitarlo a su casa jamás les dejó ver el más leve cambio en su trato con ellos.

Este modo de conducirse no le resultaba, desde luego, difícil a Mr. Utterson; porque era hombre sobremanera impasible y hasta en sus amistades se observaba una similar universalidad de simpatía.

Los hombres modestos se distinguen porque aceptan su círculo de amistades tal y como la ocasión se lo brinda; eso era lo que hacía nuestro abogado. Eran amigos suyos quienes tenían su misma sangre, o aquellas personas a las que conocía desde tiempo atrás; sus afectos, como la hiedra, crecían con los años, sin que ello demostrase méritos en las personas que eran objeto de su estima.

Esa era, sin duda, la explicación de la amistad que lo unía a Mr. Richard Enfield, pariente suyo lejano y persona muy conocida en Londres. Muchos no acertaban a explicarse qué podían ver aquellos hombres el uno en el otro y qué asuntos comunes de interés existían entre ambos. Según personas que se encontraban con ellos durante sus paseos dominicales, los dos paseantes no hablaban nada; tenían cara de aburrimiento y no ocultaban el alivio que les producía la aparición de algún otro amigo. A pesar de lo cual ambos concedían la mayor importancia a aquellas excursiones, las consideraban como el hecho más precioso de cada semana y no solo renunciaban a determinadas

diversiones que se les ofrecían de cuando en cuando, sino que desatendían incluso negocios para no interrumpir su disfrute.

En uno de aquellos paseos quiso la casualidad que se metiesen por una calle lateral de un barrio de Londres de mucha actividad. La calle era pequeña y, como suele decirse, tranquila, a pesar de que en los días hábiles tenía gran movimiento comercial. Parecía que las personas que allí vivían prosperaban y que reinaba entre ellas un espíritu de optimismo, porque invertían el exceso de sus ganancias en coqueterías, hasta el punto de que todos los frentes de las casas de comercio incitaban a comprar, como filas de vendedoras sonrientes. Aun los domingos, cuando la cuadra cubría con un velo lo más florido de sus encantos y quedaba relativamente vacía de transeúntes, se destacaba de las desaseadas calles vecinas lo mismo que una hoguera de un bosque, y atraía instantáneamente la vista complacida del paseante con sus postigos recién pintados y una nota de limpieza y alegría general.

La línea de las fachadas quedaba rota, a dos puertas de la esquina del lado izquierdo conforme se iba hacia el este, por la entrada a una plazoleta interior, y en aquel punto se alzaba un edificio macizo de aspecto siniestro, que proyectaba el alero de su tejado triangular sobre la calle. Tenía dos plantas, pero no se veía en él ventana alguna; nada más que una puerta en la planta baja y un muro liso y descolorido en toda la parte superior. Todos los detalles daban a entender un prolongado y sórdido descuido en su conservación. La puerta, desprovista de aldaba y de timbre, tenía la pintura llena de ampollas y descolorida. Los vagabundos se metían en el hueco

de la entrada y encendían fósforos frotándolos en los paneles de madera; los niños jugaban a las tiendas en sus escalones; los muchachos habían probado el filo de sus cortaplumas en las molduras, y nadie, en el transcurso de una generación, parecía haberse preocupado de alejar a aquellos visitantes intrusos ni de reparar los destrozos causados por ellos.

Enfield y el abogado caminaban por la acera de enfrente; pero, cuando cruzaban por delante de la casa en cuestión, el primero apuntó hacia ella con su bastón y preguntó:

—¿Te has fijado alguna vez en esa puerta?

Al contestarle el otro afirmativamente, agregó:

—Va unida en mis recuerdos a un hecho muy extraño.

—¡Ah!, ¿sí? —exclamó Utterson, con un ligero cambio en la inflexión de su voz—. ¿Cuál es?

—Verás —contestó Enfield—, el episodio ocurrió de este modo: yo regresaba a casa desde el otro extremo del mundo y tenía que cruzar por una parte de Londres en la que no había otra cosa que ver sino los faroles de gas encendidos. Crucé una calle y otra calle; todo el mundo dormía (una calle tras otra, y todas iluminadas como en una procesión, y todas tan desiertas como una iglesia). Llegué a un estado de ánimo parecido al del hombre que no hace sino aguzar el oído para percibir algún ruido y empieza a echar de menos la vista de un policía. De pronto, y simultáneamente, vi dos figuras: una, la de un hombrecito que caminaba a buen ritmo en dirección al este, y otra, la de una niña de ocho o diez años que venía corriendo a toda prisa por la acera de una calle perpendicular a la que seguía el hombre.